

UNO

*Dos cañas beben del mismo arroyo: una está bueca;
la otra es de azúcar*

Proverbio marroquí

Había algo de tristeza en la quietud del atardecer. La cafetería estaba repleta de hombres de cara alargada vestidos con túnicas, sorbiendo café solo y fumando tabaco negro. Un camarero zigzagueaba por entre las mesas, con la bandeja en equilibrio sobre las yemas de sus dedos vueltos hacia arriba, y con los vasos también en equilibrio sobre la bandeja. En aquel momento, el día se hizo noche. Los que estaban sentados chupaban de sus cigarrillos hasta el fondo, tosían y miraban a la calle. Algunos parecían preocupados, otros soñaban, o simplemente estaban sentados en silencio. El mismo ritual se desarrolla cada atardecer por todo Marruecos, el reino del desierto en el noroeste de África empotrado contra la costa atlántica. Cuando se disiparon los últimos coletazos de la luz del sol, el parloteo comenzó de nuevo, con el murmullo de unas voces tranquilas rompiendo suavemente por encima del ruido del tráfico.

El cafetín de barrio de Casablanca era para mí un lugar de misterio, un lugar con alma, un lugar de peligro. Predominaba la sensación de que las redes de seguridad habían sido cortadas y cada ciudadano caminaba sobre la cuerda floja de este mundo, el real. Yo no anhelaba simplemente viajar a través de ella, sino vivir en semejante ciudad.

Mi mujer, Rachana, que estaba embarazada, tuvo sus reservas desde el principio. Reservas que se vieron alimentadas todavía más cuando me dediqué a soltar peroratas sobre la necesidad de incertidumbres y peligros. Ella dijo que nuestra hijita exigía un hogar seguro, que

su niñez bien podía pasar sin un telón de fondo exótico. Elevé el listón prometiéndole cocinera, criada, un ejército de niñeras, y sol –una luz de sol gloriosa, inacabable. Desde que nos habíamos venido de la India ocho años atrás, Rachana casi nunca había logrado ver un destello de sol en el cielo gris de Londres. Casi se había olvidado de cómo era. Le recordé lo que estábamos echando de menos: los deslumbramientos con la luz amarilla rompiendo por las mañanas a través de las cortinas del dormitorio, el zumbido de los abejorros en las madreselvas, los ricos aromas flotando por las callejuelas estrechas, donde los puestos del mercado son un derroche de colores, colmados de especias –pimentón y cúrcuma, canela, comino y alholva. Todo esto en un país donde la familia es todavía el centro de la vida, donde las tradiciones mueren con dificultad, y donde los niños pueden crecer sabiendo el significado de palabras como honor, orgullo y respeto.

Yo estaba cansado de nuestra pobre existencia y del ínfimo tamaño de nuestro apartamento, donde la pareja de al lado no dejaba de atormentarnos con sus enfrentamientos a través de unas paredes tan finas como el papel. Quería escaparme a una casa de dimensiones serias, una fantasía inspirada en las páginas de *Las mil y una noches*, con arcos y galerías, puertas imponentes fabricadas en madera de cedro aromático, patios con jardines escondidos en su interior, establos y fuentes, huertos de árboles frutales, y docenas y más docenas de habitaciones.

Cualquiera que haya intentado alguna vez romper con las húmedas costas de Inglaterra ha necesitado una larga lista de razones. A menudo me he preguntado cómo se las arreglaron los peregrinos del *Mayflower* para terminar yéndose. Los amigos y la familia consideran a los candidatos a escapar como si estuvieran locos. Los míos no constituyeron una excepción. Al principio se burlaron de mis planes para irme al extranjero, y

cuando se dieron cuenta de que yo no estaba interesado en los habituales refugios del sur de Francia o de España, empezaron a intervenir con lenguaje combativo. Me tacharon de irresponsable, de indigno de ser padre, de soñador abocado al fracaso.

La presión para que abandonara mi sueño fue en aumento. Llegó a ser tan grande que casi estuve a punto de sucumbir. Entonces, una mañana gris de invierno pasé junto a un grupo de gente en una calle del centro de Londres. En medio del grupo un hombre mayor estaba siendo reducido contra el suelo por una pareja de policías. Iba vestido con el típico atuendo de negocios –camisa blanca bien planchada, corbata de seda, y un traje de tres piezas, con una gran rosa roja prendida en la solapa. En un estafalario despliegue de excentricidad, se había quitado los pantalones y tenía los calzoncillos puestos en la cabeza. Los policías, que no estaban disfrutando con el trance, se ocupaban de esposar las muñecas del hombre por la espalda. Muy cerca una joven chillaba pidiendo a las autoridades que encerraran al “loco”. Cuando el hombre estaba siendo metido a trompicones en la furgoneta blindada de la policía, se giró y gritó:

—¡No perdáis vuestra vida siguiendo a otros! ¡Sed individuos! ¡Vivid vuestros sueños!

Las puertas de acero se cerraron de golpe, el vehículo se perdió veloz, y el grupo de gente se dispersó –todo el mundo excepto yo. Me quedé allí de pie, reflexionando sobre lo que acababa de contemplar y sobre lo que el supuesto loco había dicho. Tenía razón. La nuestra era una sociedad de seguidores, atrapada en una mentalidad de isla. Me hice a mí mismo una promesa en ese mismo instante. No me sometería a las expectativas de los demás. Lo arriesgaría todo y dejaría la isla, arrastrando a mi familia conmigo. Juntos buscaríamos la libertad y una tierra donde pudiéramos ser nosotros mismos.

La hora punta del tráfico por la tarde en Casablanca compite con cualquier otra ciudad en su ferocidad.

Pero nunca ha sido tan salvaje como lo era aquel día de los últimos de la primavera en que tomé posesión de la Mansión del Califa. Había estado sentado en la cafetería toda la tarde, esperando la hora de la cita con el abogado. Me había dicho que viniera a su despacho a las ocho de la tarde. A las ocho menos cinco aplasté una moneda contra el tablero de la mesa, salí del local y crucé la calle. Pasé por un hotel con fachada de cristal flanqueada por unas orgullosas palmeras datileras. Fuera había un autobús de turistas vacío, y a su lado un par de carros de burro cargados hasta los topes de fruta echada a perder. Un momento después me encontraba subiendo por el hueco de una escalera en curva de un edificio art déco en ruinas. Llamé a una puerta de roble en el tercer piso. El abogado la abrió, me saludó con formalidad y me precedió hacia su despacho.

Sobre la mesa había un documento en árabe que parecía oficial. El abogado me ordenó leerlo en su totalidad.

—No sé árabe —dije.

—Entonces, mejor lo firmas y ya está —replicó mirando al Rolex de oro que llevaba en su muñeca.

Me alargó una Mont Blanc. Firmé el papel tal y como me había dicho. El abogado se puso de pie y deslizó por encima de la mesa una pesada llave de hierro.

—Eres un hombre muy valiente —dijo.

Me paré un momento para mirarle fijamente a los ojos. Ni se inmutó. Recogí la llave. Y cuando la estaba cogiendo de repente me sentí lanzado contra el suelo por la fuerza de una violenta explosión. Las ventanas reventaron hacia dentro, haciéndose añicos con una energía espectacular y enviando una granizada de cristales por todo el despacho. Sordo, confuso y cubierto de cristales rotos, luché por ponerme de pie. Mis piernas temblaban de tal manera que tuve problemas para mantenerme erguido. El hombre de leyes, impecablemente vestido, estaba agazapado debajo de su mesa, como si hubiera tenido ya experiencias anteriores del mismo

tipo. Se incorporó en silencio, se sacudió los cristales de los hombros, se estiró la corbata de seda y me abrió la puerta para que me marchara.

Fuera en la calle había gente chillando y corriendo en todas direcciones, alarmas contra incendios sonando y sirenas de la policía gimiendo. También había sangre. Mucha sangre, esparcida por los rostros y las ropas desgarradas. Me encontraba demasiado desconcertado como para ser de alguna utilidad para los heridos que ahora salían en tropel del hotel de la fachada de cristal. Mientras los observaba como a cámara lenta, un taxi rojo pequeño se paró en seco. El chófer llamó desesperadamente desde la ventanilla del pasajero:

—*Étranger! ¡Monsieur étranger!* –gritó–. ¡Venga, rápido, es peligroso para los extranjeros!

Trepé al taxi y él giró el volante, lanzándonos tras la estela del tráfico.

—¡Terroristas que ponen bombas! ¡Terroristas suicidas! –dijo– ¡Las están haciendo estallar por toda Casablanca!

El Peugeot rojo se dirigió hacia el oeste, lejos del centro de la ciudad, sorteando obstáculos. Pero mi mente no estaba en el tráfico, las bombas o la sangre. Estaba más bien con mi mujer, en nuestra casa en Londres. Podía ver las noticias de última hora apareciendo y desapareciendo a toda velocidad de la pantalla del televisor y a ella apretando a nuestra niña pequeña contra su vientre de embarazo avanzado. Me sentí absolutamente seguro de que ahora ya no tendría ninguna gana de abrazar una nueva cultura y un sueño. Ella se había mostrado temerosa de la sociedad islámica de Marruecos, sobre todo a la luz de los ataques de Al-Qaeda el once de septiembre y la segunda guerra del Golfo, que había hecho caer a Saddam Hussein sólo unos días antes. Pero era demasiado tarde para volverse atrás. El dinero estaba pagado, los documentos firmados, sellados una primera vez y luego otra vez más.

La llave estaba en mis manos: un símbolo del futuro o, quizás, de una compra alocada. La miré fijamente, palpando las viejas muescas de hierro y maldiciéndome a mí mismo por haber cortejado tan abiertamente al peligro. En ese momento el chófer pisó el freno.

—¡Hemos llegado! —exclamó.

Mis razones a favor de Marruecos eran muchas. Eran interminables y comenzaron hace mucho tiempo. A todo lo largo de mi propia niñez, mi padre, que era afgano, había querido llevarnos a su tierra natal. Pero las permanentes guerras del país siempre nos impidieron aventurarnos por las altivas fortalezas montañosas de Afganistán. Así pues, desde el momento en que ya podíamos andar, con frecuencia mis hermanas y yo fuimos introducidos afanosamente en la furgoneta familiar, con cajas de vinilo cargadas hasta una buena altura en la baca. Nuestro jardinero nos conducía desde los callejones serenos y aburridos del campo inglés, a través de Francia y de España, hasta las montañas del Alto Atlas en Marruecos.

Para mi padre se trataba de una oportunidad para revelar a sus hijos fragmentos de su propia tierra natal. Encontrábamos un tapiz de pasos de montaña y valles de laderas escarpadas, de desiertos, de oasis y de imperiales ciudades fortaleza, una cultura ligada por los códigos tribales del honor y del respeto. Para mi madre, era una oportunidad para hacerse con alguna ganga por medio de toda clase de regateos, desde caftanes a cabos de vela, y para ordenar a los delirantes montones de hippies que se fueran a sus lejanos hogares con sus respectivas madres.

Nos pasábamos varias semanas seguidas rodando a través de las montañas para descender a las enhiestas dunas del Sáhara, hasta donde los “hombres azules” entraban penosamente desde el desierto, con su piel oscura teñida por las túnicas de color índigo. Hacíamos

paradas regulares para vomitar en un matorral, para atracarnos de higos chumbos, o para negociar con nuestro dinero de bolsillo la compra de lascas de amatista en las canteras de los cerros.

Mis primeros recuerdos son de la gran ciudad amurallada de Fez. Callejuelas empedradas de anchura no mayor que la de un cañón de escopeta, débilmente iluminadas y cautivadoras, donde puestos callejeros vendían de todo lo que pudieras alguna vez desear comprar. Había montañas de especias y de hierbas recién cortadas –azafrán, granos de anís, pimentón–, limón confitado y montones de aceitunas relucientes; cajitas de cedro con incrustaciones de hueso de camello; sandalias de cuero oloroso y vasijas de terracota; alfombrillas rugosas beréberes, caftanes de oro, amuletos y talismanes.

Mi rincón favorito del zoco era, sin duda, el sitio a donde los practicantes de magia negra iban a comprar los ingredientes para sus hechizos. Las paredes de esas tiendas estaban llenas de jaulas colgadas y en ellas había todo tipo de animales vivos como camaleones, cobras, salamandras, o águilas de aspecto triste. También había armarios hechos en madera de teca de Birmania labrada, con los cajones rebosantes de piel seca de ballena y de cabellos de personas muertas y demás cosas del estilo; o al menos eso era lo que decía mi padre.

Marruecos había aportado color a mi saneada infancia inglesa, que normalmente se presentaba vestida de camisas de franela picante gris y pantalones cortos de pana, y se desenvolvía bajo un cielo encapotado. El reino de Marruecos había constituido siempre un lugar de escape, un sitio de asombrosa intensidad, pero, sobre todo y mucho más, un paraje con alma. Ya con una familia joven a mis espaldas, pensé que era mi deber y mi responsabilidad transmitir el mismo don a mis hijos –un don de color cultural. Hubiera resultado mucho más fácil abandonar la idea y no haber realizado nunca la gran escapada más allá de las costas de la isla. Pero algo muy

profundo dentro de mí me aguijoneó: el sentimiento de que si no aprovechaba la ocasión, terminaría lamentándolo para el resto de mis días.

Existía otra razón poderosa a favor de Marruecos: el padre de mi padre. Se pasó los últimos años de su vida en un chalecito cerca del paseo marítimo de Tánger. Cuando su querida esposa murió a la edad de 59 años, se derrumbó. Incapaz de soportar el peso de los recuerdos, se marchó a Marruecos porque nunca habían estado allí juntos. Una mañana, mientras paseaba por su recorrido habitual descendiendo desde el Café France de regreso a casa, un camión de Coca-Cola dio marcha atrás de repente y lo atropelló. Inconsciente y sangrando, lo trasladaron urgentemente al hospital, donde murió unas pocas horas más tarde. En aquel momento yo era demasiado pequeño incluso para acordarme de él, pero de todas formas sentí una gran tristeza.

Buscamos por Marruecos durante meses, desesperados por encontrar una casa en la que mis delirios de algo imponente pudieran campar a sus anchas. Nuestro punto de partida fue Fez, sin duda la joya principal de Marruecos. Es la única ciudad árabe medieval que sigue totalmente intacta. Caminar por el laberinto de calles que forman la inmensa medina es como entrar en el mundo de *Las mil y una noches*. Los olores, vistas y sonidos bombardean los sentidos. Un simple paseo de unos cuantos metros puede resultar una experiencia abrumadora. Durante siglos Fez fue un lugar de riqueza impresionante y un centro de erudición y de comercio. Sus edificios reflejan una confianza en la arquitectura árabe casi nunca vista en otras partes, con sus estilos decorativos beneficiándose de una sucesión de aprendices ininterrumpida durante más de mil años. Encontramos los callejones de la ciudad antigua inundados de talleres donde las artes tradicionales de la metalistería y del curtido del cuero, del diseño de mosaicos, del tejido, de

la cerámica y de la marquetería todavía seguían siendo transmitidas de padres a hijos.

Por casualidad nos llevaron a una casa grande de un mercader en la zona norte de la ciudad vieja. Había sido edificada en el imponente estilo fasí por lo menos cuatrocientos años antes. Seis salones cavernosos se arracimaban alrededor de un patio central, cada uno de ellos adornado con frisos de mosaicos, con los suelos cubiertos de losas de mármol extraídas de las montañas del Atlas Medio. Alrededor del patio unas columnas se elevaban hacia el cielo, y en el centro había una fuente en forma de loto hecha artesanalmente con el más fino de los alabastros. En la parte superior de una pared adyacente había una modesta ventana sin cristales, cubierta con una celosía de filigranas en madera, un punto de observación desde lo que en otros tiempos habría sido el harén.

El hombre que nos mostraba el edificio era un vendedor de *kebab* con contactos. Afirmó que había estado sin habitar solamente durante unos cuantos años. No tuve más remedio que plantarme ante su observación: el sitio tenía una necesidad desesperada de reparación. A mí me pareció que habría estado abandonado como mínimo medio siglo.

—En Marruecos —dijo el vendedor de *kebab* con una sonrisa—, una casa vacía invita a los malvados.

—¿Te refieres a los ladrones?

El hombre movió la cabeza con violencia.

—No a gente malvada —dijo—, sino a fuerzas malvadas.

En aquel momento no tuve ni la menor idea de lo que el agente pudo querer decir. Dejando de lado su comentario, comencé de inmediato a negociar la compra de la casa. El problema estaba en que era propiedad de siete hermanos, cada uno más avaricioso que el anterior. Al contrario que en Occidente, donde una propiedad o está en venta o no lo está, en Marruecos puede encontrarse en la zona gris de los bienes raíces —puede que esté en venta, puede que no. Antes incluso de llegar

a tratar del precio, primero tienes que engatusar a los dueños para que vendan. Esta primera fase de halagos constituye un rasgo oriental aportado sin lugar a dudas a la región por los árabes cuando se extendieron por todo el norte de África hace catorce siglos. Mientras estás sentado ante unos vasos de té dulce a la menta, haciendo halagos a lo loco, los vendedores te miran de arriba abajo, inspeccionando la buena terminación de tus vestimentas y las puntadas de tus zapatos. Cuanta mayor sea la calidad de tus atavíos tanto mayor será la posibilidad de que el precio suba.

Es muy probable que yo acudiera demasiado bien vestido la mañana de mi encuentro con los siete hermanos, macabros propietarios de la casa del mercader. Tras cuatro horas de zalamerías, engatusamientos y trasiego de litros y litros de té a la menta, se pusieron de acuerdo en principio para vender. Luego escupieron un precio de ensueño entrecerrando los ojos con voracidad. Pero mis habilidades para el regateo no estaban aún desarrolladas del todo. Debería haberme quedado un rato más, haber tragado más té, y haber regateado durante toda la tarde e incluso por la noche. Por el contrario, me levanté de un salto y me salí al laberinto de callejones, maldiciendo. Al hacerlo así, acababa de romper la primera regla del mundo árabe —no perder nunca la calma.

Abandonamos Fez y nos dirigimos a Marrakech, el oasis rosa del desierto a la sombra de las montañas del Atlas. En los años recientes la ciudad ha vivido un boom en la compraventa de inmuebles, puesto que ricachones europeos han acaparado las mansiones en estado ruinoso, conocidas como *riads*, en la medina, restaurándolas a su olvidada gloria. Paséate por cualquier calle con su lucha perpetua entre vendedores ambulantes, escúters, bicicletas y carros con burros, y pasarás por hileras de portales sencillos y silenciosos. Puede que no te digan nada en especial, pero detrás de cada uno hay un palacio.

La repentina inundación de dinero extranjero ha provocado el renacimiento de muchas artes tradicionales: entre ellas, los mosaicos *zellyy*, las baldosas de terracota conocidas como *bejmat*, y el deslumbrante enlucido, preparado a base de claras de huevo y polvo de mármol, que se denomina *tadelakt*. Las ansias de los europeos por comprar estos maravillosos edificios sólo resultan equiparables a la excelente disposición de los habitantes de Marraquech para desprenderse de ellos. En la medina de Marraquech todo el mundo alberga el mismo sueño. Todos suspiran por vender sus ruinosos hogares ancestrales con una ganancia enorme y trasladarse a un bloque de apartamentos prefabricados en la ciudad nueva. Probablemente nosotros añoremos los detalles rústicos y el encanto del mundo antiguo, pero los que tienen todo eso ponen sus mentes en el papel pintado de vinilo, las moquetas y todas las demás comodidades modernas.

Puede que llevara a rastras a Rachana a ver más de setenta *riads* en Marraquech. Ninguna poseía la grandiosidad de la mansión del mercader en Fez. Pero una de ellas me robó el corazón. Su patio aparecía desplegado a una escala impresionante, repleto de naranjos en flor y lavanda. El único problema consistía en que estaba situada frente por frente de un matadero muy animado al otro lado de la calle, y la circulación del aire se aseguraba de que el único olor fuera el de la muerte.

Así es que hicimos las maletas y nos subimos a nuestra casa de Londres, donde agarré la depresión más profunda que he conocido jamás. Mis amigos me hicieron objeto de sus sátiras. Tal y como ellos lo veían, yo había intentado escaparme de la atracción magnética de las Islas Británicas, pero había sido arrastrado de nuevo a la orilla. Todas las noches le leía a mi hijita Ariane un cuento de princesas, dragones y una mansión de mercader abandonada en un país lejano.

Pasaron semanas. Un invierno húmedo se convirtió en una primavera mucho más húmeda. Un día triste me encontraba acurrucado en el sofá, envuelto en una manta de algodón, mascullando conmigo mismo como un loco con motivo. Sonó el teléfono. Lo cogí. Al otro lado estaba la madre de un amigo de los tiempos del colegio. Intercambiamos los cumplidos habituales mientras yo me preguntaba por qué estaría llamando. Luego se fue directa al grano: había oído por radio macuto que yo andaba buscando casa en Marruecos. Ella era dueña de un sitio en Casablanca, dijo, y deseaba venderlo. La señora fue muy discreta al no mencionar el precio y yo estaba demasiado nervioso para preguntarlo. Todo lo que ella dijo fue que se trataba de una propiedad importante llamada Dar Khalifa, que quiere decir “la Mansión del Califa”, y que necesitaba a alguien que la mimase mucho. Bajando el tono de su voz hasta algo menos que un suspiro añadió: “Necesitaré un hombre fuerte para encargarse de ella”. Salté del sofá, me desembaracé de la manta como un torero que tienta al animal y garabateé los detalles.

Al día siguiente de la conversación telefónica aterricé en el aeropuerto Mohammed V al sur de Casablanca. Las guías turísticas aconsejaban a toda costa no acercarse a la ciudad. Todas estaban de acuerdo en que se trataba del agujero negro del negocio del turismo en Marruecos. Yo no había estado nunca en ella salvo para cambiar de tren. En cualquier caso, creía saberlo todo acerca de ella porque había visto la *Casablanca* de Bogart y Bergman.

Una hora después del aterrizaje me encontré subido a un taxi que circulaba por un agradable paseo marítimo bordeado de cafeterías y palmeras bien cuidadas. El sol relucía por encima de nosotros y el aire estaba teñido de un ligero aroma de brisa salada soplando desde el mar. El coche se apartó de golpe de la carretera de la costa y se dejó caer por una avenida bordeada de palmeras. A ambos lados surgían como puntas de iceberg

deslumbrantes chalets blancos. Delante de cada uno de ellos había un coche enorme aparcado con todo esmero, totalmente nuevo y brillante, como trofeo de riqueza.

El taxi continuó un poco más allá, cruzó una frontera invisible de algún tipo y entró en un barrio de chabolas en rápida expansión. Había carros de burro, pollos y ganado deambulando sin rumbo, y un rebaño de cabras bloqueando el paso. La llamada del muecín a la oración de la tarde se derramaba desde una modesta mezquita encalada situada a un lado del camino lleno de baches. Un grupo de chicos daban patadas a un balón de fútbol hecho en casa, por los polvorientos callejones entre las chozas bajas hechas con bloques de hormigón y con tejados de hojalata en proceso de oxidación. Tres hombres demacrados estaban por allí cerca acurrucados a la sombra, envueltos en sus chilabas, las túnicas tradicionales con capucha. Junto a ellos había un conjunto de puestos de mercado, distribuidos al azar, y enfrente de ellos una joven vendía una caja de pollitos teñidos de rosa.

Al final del barrio de chabolas el taxi se paró cerca de un portal corriente incrustado en una pared de piedra mugrienta. Antes de pagarle al conductor comprobé con él que llevara la dirección correcta. Estaba seguro de que tenía que haber un error. Pero él asintió con la cabeza, apuntó al suelo y volvió a mover la cabeza. Salí del taxi y di unos golpecitos en la puerta. Pasaron unos instantes. Luego la puerta se entreabrió.

—¿Es aquí Dar Khalifa; es ésta la Mansión del Califá? —pregunté.

—*Oui, c'est ici.* [Sí, aquí es] —respondió una voz tosca en francés, el idioma del Marruecos colonial.

La puerta se movió hacia adentro muy lentamente, como si estuviera a punto de revelarse un secreto. Al entrar me encontré con una fantasía digna de un hombre mucho más rico que yo.

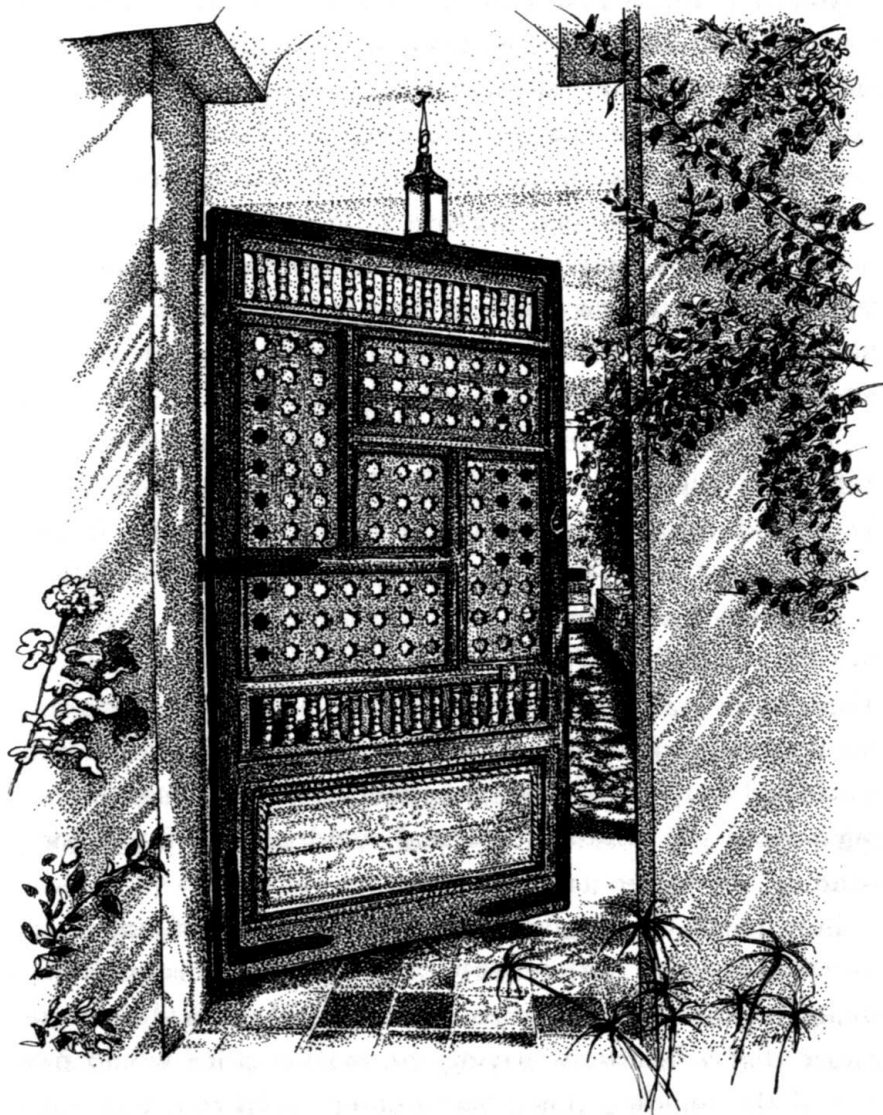
Había patios rebosantes de palmeras datileras y flores olorosas de hibisco, fuentes colocadas en estanques

simétricos, jardines adultos plantados de buganvillas, cactus y toda clase de árboles exóticos, un naranjal pequeño y una pista de tenis, una piscina y, más allá de ella, establos.

El guarda me dio la bienvenida, me besó la mano y me condujo por un largo corredor galería hacia el edificio principal. Entrar adentro por primera vez fue como meterse en un sueño. Un laberinto de habitaciones se abría ante nosotros. Había entradas en arco con puertas de madera de cedro, ventanas octogonales acristaladas con fragmentos de cristales de colores, frisos de mosaico y molduras de estuco, patios recónditos y muchas habitaciones –salones, estudios, cocinas y lavaderos, habitaciones para el servicio, despensas y al menos una docena de dormitorios.

Pero la Mansión del Califa había estado vacía durante casi diez años. Las paredes estaban descoloridas por el moho, y los suelos embaldosados aparecían sucios y necesitados de reparación. Parches alarmantes de humedad se habían apoderado de todas las superficies, y una serie de techos se habían derrumbado. Las telarañas colgaban de un lado al otro de los portales como si fueran cortinas de encaje, los pájaros habían anidado en las lámparas, y las termitas habían hecho sus madrigueras en las enormes puertas de madera. Un grifo de agua reventado había transformado un dormitorio en un lago y la mayoría de las contraventanas colgaban podridas de sus bisagras. En cuanto a los jardines, se habían convertido en una jungla por donde vagaban los perros salvajes.

La casa tenía una presencia, un sentido de grandiosidad marchita. Como una reina del baile de la vieja sociedad, estaba agotada y con arrugas, pero había vivido. Te podías imaginar la historia, las fiestas, los secretos. Puede que suene a absurdo, pero sentí una energía desde el primer momento, casi como si ella supiera que yo estaba allí.



Tres meses después de la primera vez que pusimos los ojos en Dar Khalifa era nuestra. Mi mujer había albergado la secreta esperanza de que yo me rindiera sobre lo de Marruecos, pero la casa la conquistó por completo. Ella también sintió su espíritu. Como yo, la vio como una fuerza positiva y podía imaginarse a los niños corriendo libres entre sus paredes.

Afortunadamente, la propietaria inglesa no había necesitado mimos para vender. Sabía por instinto que el saldo de la cuenta bancaria de un autor que lucha por abrirse camino estaba dramáticamente seco. Y también era muy consciente de que cualquier marroquí que pagara el precio de mercado derruiría el edificio para construir unos bloques monstruosos de apartamentos en su lugar.

Así fue como en la tarde de los múltiples ataques suicidas crucé por primera vez el umbral como dueño de la Mansión del Califa. Dentro, los tres guardas se hallaban de pie y firmes, en posición de saludo y aguardando órdenes. Como si se tratara de algún derecho medieval de venta, estaban incluidos en la propiedad. Uno era Mohammed, un hombre de lo más feo, de hombros redondeados, con una barba incipiente de una semana y un tic nervioso. Los demás le llamaban el Oso. Junto a él estaba Osman. Era más joven, con una sonrisa que nunca abandonaba sus labios, y un carácter frío, sosegado. Había trabajado en la casa desde que era niño. Finalmente, estaba Hamza, el líder de la troupe. Alto y respetuoso, apretó su mano contra la mía antes de llevársela al pecho.

Pregunté con urgencia si habían oído algo acerca de las bombas de los terroristas. Hamza movió la cabeza. Dijo que había otros problemas más urgentes.

—¿Qué podría resultar más grave que los múltiples ataques suicidas?

—Los yinn —fue la respuesta.

—¿Los yinn?

Los tres guardas asintieron con la cabeza al unísono.

—Sí, la casa; está llena de ellos.

Cuando te compras una casa en el extranjero, tienes que prepararte para lo inesperado. Yo sabía que habría problemas de idioma y barreras culturales que vencer. Pero nada me había preparado contra un ejército de espíritus invisibles.

Los musulmanes creen que cuando Dios creó al hombre a partir de la arcilla también formó otra especie de criaturas a partir del fuego. Se las conoce por diferentes nombres: *yinn*, *genios*, *ynun*; y todos creen que comparten la tierra con nosotros, viviendo en objetos animados. Nacen, se casan, procrean hijos y mueren, exactamente igual que nosotros. La mayor parte del tiempo resultan invisibles para los humanos, pero pueden tomar cualquier forma que se les antoje, y aparecen sobre todo durante las horas posteriores al anochecer, disfrazados de gatos, perros o escorpiones. Aunque hay algunos yinn buenos, la inmensa mayoría son malvados. Nada les causa mayor placer que herir a los humanos por las molestias que ellos creen que les causamos.

Les pedí a los guardas consejo sobre cómo afrontar el problema. Osman habló en nombre de los demás.

—Matar corderos —dijo en voz baja—; tendrás que sacrificar algunos corderos.

—¿Algunos? ¿Cuántos?

—Uno en cada habitación —aclaró el Oso.

Hice un cálculo rápido.

—Tiene que haber veinte habitaciones, por lo menos... Es todo un rebaño. ¡Sería un baño de sangre!

Los guardas parpadearon. Volvieron a asentir moviendo la cabeza. Ellos conocían las tradiciones y en Marruecos la tradición es la base de la vida. Una mansión con puertas y ventanas entabladas puede que atraiga a los okupas en Occidente. Pero en el mundo árabe, como todo el mundo sabía con absoluta seguridad, una

casa vacía es como un imán para las fuerzas malignas. Deja un lugar vacío durante unas semanas o más, y antes de que te des cuenta la tendrás llena, desde el suelo hasta el techo, de una legión invisible de yinn.